



15
julio

Domingo XV del Tiempo Ordinario
(Ciclo B) – 2018

1. TEXTOS LITÚRGICOS

1.a LECTURAS

Ve a profetizar a mi pueblo

Lectura de la profecía de Amós 7, 12-15

Amasías dijo a Amós: «Vete de aquí, vidente, refúgiate en el país de Judá, gánate allí la vida y profetiza allí. Pero no vuelvas a profetizar en Betel, porque este es un santuario del rey, un templo del reino».

Amós respondió a Amasías: «Yo no soy profeta, ni hijo de profetas, sino pastor y cultivador de sicomoros; pero el Señor me sacó de detrás del rebaño y me dijo: "Ve a profetizar a mi pueblo Israel"».

Palabra de Dios.

SALMO Sal 84, 9ab. 10-14

*R. Manifiéstanos, Señor, tu misericordia
y danos tu salvación*

Voy a proclamar lo que dice el Señor:
el Señor promete la paz, la paz para su pueblo y sus amigos.
Su salvación está muy cerca de sus fieles,
y la Gloria habitará en nuestra tierra. **R.**

El Amor y la Verdad se encontrarán,
la Justicia y la Paz se abrazarán;
la Verdad brotará de la tierra
y la Justicia mirará desde el cielo. **R.**

El mismo Señor nos dará sus bienes

y nuestra tierra producirá sus frutos.
La Justicia irá delante de Él,
y la Paz, sobre la huella de sus pasos. **R.**

Nos ha elegido en Él, antes de la creación del mundo

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Efeso 1, 3-14

Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que nos ha bendecido en Cristo
con toda clase de bienes espirituales en el cielo,
y nos ha elegido en Él, antes de la creación del mundo,
para que fuéramos santos
e irreprochables en su presencia, por el amor.

Él nos predestinó a ser sus hijos adoptivos
por medio de Jesucristo,
conforme al beneplácito de su voluntad,
para alabanza de la gloria de su gracia,
que nos dio en su Hijo muy querido.

En Él hemos sido redimidos por su sangre
y hemos recibido el perdón de los pecados,
según la riqueza de su gracia,
que Dios derramó sobre nosotros,
dándonos toda sabiduría y entendimiento.

Él nos hizo conocer el misterio de su voluntad,
conforme al designio misericordioso
que estableció de antemano en Cristo,
para que se cumpliera en la plenitud de los tiempos:
reunir todas las cosas, las del cielo y las de la tierra,
bajo un sola Cabeza, que es Cristo.

En Él hemos sido constituidos herederos,
y destinados de antemano -según el previo designio
del que realiza todas las cosas conforme a su voluntad-
a ser aquéllos que han puesto su esperanza en Cristo,
para alabanza de su gloria.

En Él, ustedes,
los que escucharon la Palabra de la verdad,
la Buena Noticia de la salvación,
y creyeron en ella,
también han sido marcados con un sello
por el Espíritu Santo prometido.

Ese Espíritu es el anticipo de nuestra herencia
y prepara la redención del pueblo

que Dios adquirió para sí,
para alabanza de su gloria.

Palabra de Dios.

O bien más breve:

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Efeso 1, 3-10

Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que nos ha bendecido en Cristo
con toda clase de bienes espirituales en el cielo,
y nos ha elegido en Él, antes de la creación del mundo,
para que fuéramos santos
e irreprochables en su presencia, por el amor.

Él nos predestinó a ser sus hijos adoptivos
por medio de Jesucristo,
conforme al beneplácito de su voluntad,
para alabanza de la gloria de su gracia,
que nos dio en su Hijo muy querido.

En Él hemos sido redimidos por su sangre
y hemos recibido el perdón de los pecados,
según la riqueza de su gracia,
que Dios derramó sobre nosotros,
dándonos toda sabiduría y entendimiento.

Él nos hizo conocer el misterio de su voluntad,
conforme al designio misericordioso
que estableció de antemano en Cristo,
para que se cumpliera en la plenitud de los tiempos:
reunir todas las cosas, las del cielo y las de la tierra,
bajo un sola Cabeza, que es Cristo.

Palabra de Dios.

ALELUIA Cf. Ef 1, 17-18

Aleluia.

El Padre de nuestro Señor Jesucristo
ilumine nuestros corazones,
para que podamos valorar la esperanza
a la que hemos sido llamados.

Aleluia.

EVANGELIO

Los envió

+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Marcos 6, 7-13

Jesús llamó a los Doce y los envió de dos en dos, dándoles poder sobre los espíritus impuros.

Y les ordenó que no llevaran para el camino más que un bastón; ni pan, ni provisiones, ni dinero; que fueran calzados con sandalias y que no tuvieran dos túnicas.

Les dijo: «Permanezcan en la casa donde les den alojamiento hasta el momento de partir. Si no los reciben en un lugar y la gente no los escucha, al salir de allí, sacudan hasta el polvo de sus pies, en testimonio contra ellos».

Entonces fueron a predicar, exhortando a la conversión; expulsaron a muchos demonios y curaron a numerosos enfermos, ungiéndolos con óleo.

Palabra del Señor.

1.b GUIÓN PARA LA MISA

Guion Domingo XV Tiempo Ordinario (B)

(Domingo 15 de julio de 2018)

Entrada:

La Sagrada Eucaristía es fuente y culmen de toda la vida de la Iglesia. Al acercarnos hoy al altar para participar del Santo Sacrificio de la Misa nos estamos acercando a la fuente de nuestra vida y al culmen de nuestra existencia. Participemos digna y atentamente del sacrificio eucarístico.

Primera lectura:

El profeta Amós es enviado por Dios a predicar a un pueblo obstinado.

Segunda lectura:

Dios nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo.

Evangelio:

Los apóstoles son enviados por el Señor a predicar, exhortando a todos a la conversión.

Preces:

Dios siembra la semilla de su Reino entre nosotros. Pidámosle, hermanos, para que nuestro mundo sea la tierra buena.

A cada intención respondemos cantando:

* Por la Santa Iglesia, para que dócil al soplo del Espíritu renueve constantemente su *conciencia misionera*, y la aplique en una renovada actividad a favor de todos los hombres. Oremos.

* Por los cristianos perseguidos, para que, ante la experiencia de estar unidos a la Cruz de Cristo, sepan difundir entre los que los rodean la esperanza en la victoria del bien sobre el mal. Oremos.

* Por Argentina, especialmente por los miembros de la Cámara de Senadores, para que, fieles a una recta conciencia, opten por la vida y no por la muerte, y voten en contra de la ley de legalización del aborto. Oremos.

* Por los que sufren pobreza, enfermedad, abandono o desempleo; para que en su sufrimiento encuentren sendas de esperanza y de solidaridad. Oremos.

* Por todos nosotros, para que conociendo la verdad del Evangelio podamos vivir cada día más unidos a Cristo, por medio de los sacramentos y de una vida santa, agradable a sus ojos. Oremos.

Escucha nuestra oración, Padre Santo, tú que quieres bendecirnos con toda clase de bienes espirituales. Por Cristo nuestro Señor.

Ofertorio:

Estamos llamados a ser hostias de alabanza a la Trinidad, junto con la Hostia divina que se sacrifica en el Altar. Por eso presentamos:

- * **Cirios** y el anhelo de cada misionero por llevar la Palabra de Dios a los que no la conocen.
- * **Pan y vino** para el sublime Sacrificio: el Amor que se ofrece víctima por los pecados de los hombres.

Comunión;

El mismo Dios nos da sus bienes: En la Eucaristía está la salvación y la paz para sus amigos.

Salida:

Al final de cada Misa el celebrante nos envía al mundo para ser verdaderos apóstoles de Cristo. Vayamos al mundo con gran decisión y valentía a predicar el evangelio de la vida. Oremos.

(Gentileza del Monasterio "Santa Teresa de los Andes" (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

Párrafos del Catecismo de la Iglesia Católica sugeridos por el Directorio Homilético

Decimoquinto domingo del Tiempo Ordinario (B)

- CEC 1506-159: los discípulos comparten la misión curativa de Cristo
- CEC 737-741: la Iglesia está llamada a proclamar y testimoniar
- CEC 849-856: origen y amplitud de la misión de la Iglesia
- CEC 1122, 1533: la vocación para la misión
- CEC 693, 698, 706, 1107, 1296: el Espíritu Santo, la promesa y el sello de Dios
- CEC 492: María, elegida antes de la creación del mundo

Agregamos también otros párrafos útiles:

- CEC 541-546: el Reino de Dios está cerca
- CEC 787, 858-859: los Apóstoles están asociados a la misión de Cristo
- CEC 863-865: el apostolado

“Sanad a los enfermos...”

1506 Cristo invita a sus discípulos a seguirle tomando a su vez su cruz (cf Mt 10,38). Siguiéndole adquieren una nueva visión sobre la enfermedad y sobre los enfermos. Jesús los asocia a su vida pobre y humilde. Les hace participar de su ministerio de compasión y de curación: "Y, yéndose de allí, predicaron que se convirtieran; expulsaban a muchos demonios, y unguían con aceite a muchos enfermos y los curaban" (Mc 6,12-13).

1507 El Señor resucitado renueva este envío ("En mi nombre...impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán bien"; Mc 16,17-18) y lo confirma con los signos que la Iglesia realiza invocando su nombre (cf.

Hch 9,34; 14,3). Estos signos manifiestan de una manera especial que Jesús es verdaderamente "Dios que salva" (cf Mt 1,21; Hch 4,12).

1508 El Espíritu Santo da a algunos un carisma especial de curación (cf 1 Co 12,9.28.30) para manifestar la fuerza de la gracia del Resucitado. Sin embargo, ni siquiera las oraciones más fervorosas obtienen la curación de todas las enfermedades. Así S. Pablo aprende del Señor que "mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza" (2 Co 12,9), y que los sufrimientos que tengo que padecer, tienen como sentido lo siguiente: "completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia" (Col 1,24).

1509 "¡Sanad a los enfermos!" (Mt 10,8). La Iglesia ha recibido esta tarea del Señor e intenta realizarla tanto mediante los cuidados que proporciona a los enfermos como por la oración de intercesión con la que los acompaña. Cree en la presencia vivificante de Cristo, médico de las almas y de los cuerpos. Esta presencia actúa particularmente a través de los sacramentos, y de manera especial por la Eucaristía, pan que da la vida eterna (cf Jn 6,54.58) y cuya conexión con la salud corporal insinúa S. Pablo (cf 1 Co 11,30).

El Espíritu Santo y la Iglesia

737 La misión de Cristo y del Espíritu Santo se realiza en la Iglesia, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo. Esta misión conjunta asocia desde ahora a los fieles de Cristo en su Comunión con el Padre en el Espíritu Santo: El Espíritu Santo prepara a los hombres, los previene por su gracia, para atraerlos hacia Cristo. Les manifiesta al Señor resucitado, les recuerda su palabra y abre su mente para entender su Muerte y su Resurrección. Les hace presente el Misterio de Cristo, sobre todo en la Eucaristía para reconciliarlos, para conducirlos a la Comunión con Dios, para que den "mucho fruto" (Jn 15, 5. 8. 16).

738 Así, la misión de la Iglesia no se añade a la de Cristo y del Espíritu Santo, sino que es su sacramento: con todo su ser y en todos sus miembros ha sido enviada para anunciar y dar testimonio, para actualizar y extender el Misterio de la Comunión de la Santísima Trinidad (esto será el objeto del próximo artículo):

Todos nosotros que hemos recibido el mismo y único espíritu, a saber, el Espíritu Santo, nos hemos fundido entre nosotros y con Dios ya que por mucho que nosotros seamos numerosos separadamente y que Cristo haga que el Espíritu del Padre y suyo habite en cada uno de nosotros, este Espíritu único e indivisible lleva por sí mismo a la unidad a aquellos que son distintos entre sí ... y hace que todos aparezcan como una sola cosa en él . Y de la misma manera que el poder de la santa humanidad de Cristo hace que todos aquellos en los que ella se encuentra formen un solo cuerpo, pienso que también de la misma manera el Espíritu de Dios que habita en todos, único e indivisible, los lleva a todos a la unidad espiritual (San Cirilo de Alejandría, Jo 12).

739 Puesto que el Espíritu Santo es la Unción de Cristo, es Cristo, Cabeza del Cuerpo, quien lo distribuye entre sus miembros para alimentarlos, sanarlos, organizarlos en sus funciones mutuas, vivificarlos, enviarlos a dar testimonio, asociarlos a su ofrenda al Padre y a su intercesión por el mundo entero. Por medio de los sacramentos de la Iglesia, Cristo comunica su Espíritu, Santo y Santificador, a los miembros de su Cuerpo (esto será el objeto de la segunda parte del Catecismo).

740 Estas "maravillas de Dios", ofrecidas a los creyentes en los Sacramentos de la Iglesia, producen sus frutos en la vida nueva, en Cristo, según el Espíritu (esto será el objeto de la tercera parte del Catecismo).

741 "El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables" (Rm 8, 26). El Espíritu Santo,

artífice de las obras de Dios, es el Maestro de la oración (esto será el objeto de la cuarta parte del Catecismo).

La misión, exigencia de la catolicidad de la Iglesia

849 El mandato misionero. "La Iglesia, enviada por Dios a las gentes para ser 'sacramento universal de salvación', por exigencia íntima de su misma catolicidad, obedeciendo al mandato de su Fundador se esfuerza por anunciar el Evangelio a todos los hombres" (AG 1): "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 19-20).

850 El origen y la finalidad de la misión. El mandato misionero del Señor tiene su fuente última en el amor eterno de la Santísima Trinidad: "La Iglesia peregrinante es, por su propia naturaleza, misionera, puesto que tiene su origen en la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo según el plan de Dios Padre" (AG 2). El fin último de la misión no es otro que hacer participar a los hombres en la comunión que existe entre el Padre y el Hijo en su Espíritu de amor (cf Juan Pablo II, RM 23).

851 El motivo de la misión. Del amor de Dios por todos los hombres la Iglesia ha sacado en todo tiempo la obligación y la fuerza de su impulso misionero: "porque el amor de Cristo nos apremia..." (2 Co 5, 14; cf AA 6; RM 11). En efecto, "Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad" (1 Tm 2, 4). Dios quiere la salvación de todos por el conocimiento de la verdad. La salvación se encuentra en la verdad. Los que obedecen a la moción del Espíritu de verdad están ya en el camino de la salvación; pero la Iglesia a quien esta verdad ha sido confiada, debe ir al encuentro de los que la buscan para ofrecérsela. Porque cree en el designio universal de salvación, la Iglesia debe ser misionera.

852 Los caminos de la misión. "El Espíritu Santo es en verdad el protagonista de toda la misión eclesial" (RM 21). Él es quien conduce la Iglesia por los caminos de la misión. Ella "continúa y desarrolla en el curso de la historia la misión del propio Cristo, que fue enviado a evangelizar a los pobres... impulsada por el Espíritu Santo, debe avanzar por el mismo camino por el que avanzó Cristo; esto es, el camino de la pobreza, la obediencia, el servicio y la inmolación de sí mismo hasta la muerte, de la que surgió victorioso por su resurrección" (AG 5). Es así como la "sangre de los mártires es semilla de cristianos" (Tertuliano, apol. 50).

853 Pero en su peregrinación, la Iglesia experimenta también "hasta qué punto distan entre sí el mensaje que ella proclama y la debilidad humana de aquellos a quienes se confía el Evangelio" (GS 43, 6). Sólo avanzando por el camino "de la conversión y la renovación" (LG 8; cf 15) y "por el estrecho sendero de Dios" (AG 1) es como el Pueblo de Dios puede extender el reino de Cristo (cf RM 12-20). En efecto, "como Cristo realizó la obra de la redención en la persecución, también la Iglesia está llamada a seguir el mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación" (LG 8).

854 Por su propia misión, "la Iglesia... avanza junto con toda la humanidad y experimenta la misma suerte terrena del mundo, y existe como fermento y alma de la sociedad humana, que debe ser renovada en Cristo y transformada en familia de Dios" (GS 40, 2). El esfuerzo misionero exige entonces la paciencia. Comienza con el anuncio del Evangelio a los pueblos y a los grupos que aún no creen en Cristo (cf RM 42-47), continúa con el establecimiento de comunidades cristianas, "signo de la presencia de Dios en el mundo" (AG 15), y en la fundación de Iglesias locales (cf RM 48-49); se implica en un proceso de inculturación para así encarnar el Evangelio en las culturas de los pueblos (cf RM 52-54), en este proceso no faltarán también los fracasos. "En cuanto se refiere a los hombres, grupos y pueblos, solamente de forma gradual los toca y los penetra y de este modo los incorpora a la plenitud católica" (AG 6).

855 La misión de la Iglesia reclama el esfuerzo hacia la unidad de los cristianos (cf RM 50). En efecto, "las divisiones entre los cristianos son un obstáculo para que la Iglesia lleve a cabo la plenitud de la catolicidad que le es propia en aquellos hijos que, incorporados a ella ciertamente por el bautismo, están, sin embargo, separados de su plena comunión. Incluso se hace más difícil para la propia Iglesia expresar la plenitud de la catolicidad bajo todos los aspectos en la realidad misma de la vida" (UR 4).

856 La tarea misionera implica un diálogo respetuoso con los que todavía no aceptan el Evangelio (cf RM 55). Los creyentes pueden sacar provecho para sí mismos de este diálogo aprendiendo a conocer mejor "cuanto de verdad y de gracia se encontraba ya entre las naciones, como por una casi secreta presencia de Dios" (AG 9). Si ellos anuncian la Buena Nueva a los que la desconocen, es para consolidar, completar y elevar la verdad y el bien que Dios ha repartido entre los hombres y los pueblos, y para purificarlos del error y del mal "para gloria de Dios, confusión del diablo y felicidad del hombre" (AG 9).

IV LA IGLESIA ES APOSTÓLICA

857 La Iglesia es apostólica porque está fundada sobre los apóstoles, y esto en un triple sentido:

- Fue y permanece edificada sobre "el fundamento de los apóstoles" (Ef 2, 20; Hch 21, 14), testigos escogidos y enviados en misión por el mismo Cristo (cf Mt 28, 16-20; Hch 1, 8; 1 Co 9, 1; 15, 7-8; Ga 1, 1; etc.).
- Guarda y transmite, con la ayuda del Espíritu Santo que habita en ella, la enseñanza (cf Hch 2, 42), el buen depósito, las sanas palabras oídas a los apóstoles (cf 2 Tm 1, 13-14).
- Sigue siendo enseñada, santificada y dirigida por los apóstoles hasta la vuelta de Cristo gracias a aquellos que les suceden en su ministerio pastoral: el colegio de los obispos, "a los que asisten los presbíteros juntamente con el sucesor de Pedro y Sumo Pastor de la Iglesia" (AG 5):

Porque no abandonas nunca a tu rebaño, sino que, por medio de los santos pastores, lo proteges y conservas, y quieres que tenga siempre por guía la palabra de aquellos mismos pastores a quienes tu Hijo dio la misión de anunciar el Evangelio (MR, Prefacio de los apóstoles).

La misión de los apóstoles

858 Jesús es el enviado del Padre. Desde el comienzo de su ministerio, "llamó a los que él quiso, y vinieron donde él. Instituyó Doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar" (Mc 3, 13-14). Desde entonces, serán sus "enviados" [es lo que significa la palabra griega "apostoloi"]. En ellos continúa su propia misión: "Como el Padre me envió, también yo os envío" (Jn 20, 21; cf 13, 20; 17, 18). Por tanto su ministerio es la continuación de la misión de Cristo: "Quien a vosotros recibe, a mí me recibe", dice a los Doce (Mt 10, 40; cf Lc 10, 16).

859 Jesús los asocia a su misión recibida del Padre: como "el Hijo no puede hacer nada por su cuenta" (Jn 5, 19.30), sino que todo lo recibe del Padre que le ha enviado, así, aquellos a quienes Jesús envía no pueden hacer nada sin Él (cf Jn 15, 5) de quien reciben el encargo de la misión y el poder para cumplirla. Los apóstoles de Cristo saben por tanto que están calificados por Dios como "ministros de una nueva alianza" (2 Co 3, 6), "ministros de Dios" (2 Co 6, 4), "embajadores de Cristo" (2 Co 5, 20), "servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios" (1 Co 4, 1).

En el encargo dado a los apóstoles hay un aspecto intransmisible: ser los testigos elegidos de la Resurrección del Señor y los fundamentos de la Iglesia. Pero hay también un aspecto permanente de su misión. Cristo les ha prometido permanecer con ellos hasta el fin de los tiempos (cf Mt 28, 20). "Esta misión divina confiada por Cristo a los apóstoles tiene que durar hasta el fin del mundo, pues el Evangelio que tienen que transmitir es el principio de toda la vida de la Iglesia. Por eso los apóstoles se preocuparon de instituir... sucesores" (LG 20).

(...)

El apostolado

863 Toda la Iglesia es apostólica mientras permanezca, a través de los sucesores de San Pedro y de los apóstoles, en comunión de fe y de vida con su origen. Toda la Iglesia es apostólica en cuanto que ella es "enviada" al mundo entero; todos los miembros de la Iglesia, aunque de diferentes maneras, tienen parte en este envío. "La vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado". Se llama "apostolado" a "toda la actividad del Cuerpo Místico" que tiende a "propagar el Reino de Cristo por toda la tierra" (AA 2).

864 "Siendo Cristo, enviado por el Padre, fuente y origen del apostolado de la Iglesia", es evidente que la fecundidad del apostolado, tanto el de los ministros ordenados como el de los laicos, depende de su unión vital con Cristo (cf Jn 15, 5; AA 4). Según sean las vocaciones, las interpretaciones de los tiempos, los dones variados del Espíritu Santo, el apostolado toma las formas más diversas. Pero es siempre la caridad, conseguida sobre todo en la Eucaristía, "que es como el alma de todo apostolado" (AA 3).

865 La Iglesia es una, santa, católica y apostólica en su identidad profunda y última, porque en ella existe ya y será consumado al fin de los tiempos "el Reino de los cielos", "el Reino de Dios" (cf Ap 19, 6), que ha venido en la persona de Cristo y que crece misteriosamente en el corazón de los que le son incorporados hasta su plena manifestación escatológica. Entonces todos los hombres rescatados por él, hechos en él "santos e inmaculados en presencia de Dios en el Amor" (Ef 1, 4), serán reunidos como el único Pueblo de Dios, "la Esposa del Cordero" (Ap 21, 9), "la Ciudad Santa que baja del Cielo de junto a Dios y tiene la gloria de Dios" (Ap 21, 10-11); y "la muralla de la ciudad se asienta sobre doce piedras, que llevan los nombres de los doce apóstoles del Cordero" (Ap 21, 14).

III LOS SACRAMENTOS DE LA FE

1122 Cristo envió a sus Apóstoles para que, "en su Nombre, proclamasen a todas las naciones la conversión para el perdón de los pecados" (Lc 24,47). "De todas las naciones haced discípulos bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt 28,19). La misión de bautizar, por tanto la misión sacramental está implicada en la misión de evangelizar, porque el sacramento es preparado por la Palabra de Dios y por la fe que es consentimiento a esta Palabra:

El pueblo de Dios se reúne, sobre todo, por la palabra de Dios vivo... necesita la predicación de la palabra para el ministerio de los sacramentos. En efecto, son sacramentos de la fe que nace y se alimenta de la palabra" (PO 4).

1533. El Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía son los sacramentos de la iniciación cristiana. Fundamentan la vocación común de todos los discípulos de Cristo, que es vocación a la santidad y a la misión de evangelizar el mundo. Confieren las gracias necesarias para vivir según el Espíritu en esta vida de peregrinos en marcha hacia la patria.

693 Además de su nombre propio, que es el más empleado en el libro de los Hechos y en las cartas de los apóstoles, en San Pablo se encuentran los siguientes apelativos: el Espíritu de la promesa (Ga 3, 14; Ef 1, 13), el Espíritu de adopción (Rm 8, 15; Ga 4, 6), el Espíritu de Cristo (Rm 8, 11), el Espíritu del Señor (2

Co 3, 17), el Espíritu de Dios (Rm 8, 9.14; 15, 19; 1 Co 6, 11; 7, 40), y en San Pedro, el Espíritu de gloria (1 P 4, 14).

698 El sello es un símbolo cercano al de la unción. En efecto, es Cristo a quien "Dios ha marcado con su sello" (Jn 6, 27) y el Padre nos marca también en él con su sello (2 Co 1, 22; Ef 1, 13; 4, 30). Como la imagen del sello ["sphragis"] indica el carácter indeleble de la Unción del Espíritu Santo en los sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y del Orden, esta imagen se ha utilizado en ciertas tradiciones teológicas para expresar el "carácter" imborrable impreso por estos tres sacramentos, los cuales no pueden ser reiterados.

706 Contra toda esperanza humana, Dios promete a Abraham una descendencia, como fruto de la fe y del poder del Espíritu Santo (cf. Gn 18, 1-15; Lc 1, 26-38. 54-55; Jn 1, 12-13; Rm 4, 16-21). En ella serán bendecidas todas las naciones de la tierra (cf. Gn 12, 3). Esta descendencia será Cristo (cf. Ga 3, 16) en quien la efusión del Espíritu Santo formará "la unidad de los hijos de Dios dispersos" (cf. Jn 11, 52). Comprometiéndose con juramento (cf. Lc 1, 73), Dios se obliga ya al don de su Hijo Amado (cf. Gn 22, 17-19; Rm 8, 32; Jn 3, 16) y al don del "Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda ... para redención del Pueblo de su posesión" (Ef 1, 13-14; cf. Ga 3, 14).

1107 El poder transformador del Espíritu Santo en la Liturgia apresura la venida del Reino y la consumación del Misterio de la salvación. En la espera y en la esperanza nos hace realmente anticipar la comunión plena con la Trinidad Santa. Enviado por el Padre, que escucha la epiclesis de la Iglesia, el Espíritu da la vida a los que lo acogen, y constituye para ellos, ya desde ahora, "las arras" de su herencia (cf Ef 1,14; 2 Co 1,22).

1296 Cristo mismo se declara marcado con el sello de su Padre (cf Jn 6,27). El cristiano también está marcado con un sello: "Y es Dios el que nos conforta juntamente con vosotros en Cristo y el que nos ungió, y el que nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones" (2 Co 1,22; cf Ef 1,13; 4,30). Este sello del Espíritu Santo, marca la pertenencia total a Cristo, la puesta a su servicio para siempre, pero indica también la promesa de la protección divina en la gran prueba escatológica (cf Ap 7,2-3; 9,4; Ez 9,4-6).

491 A lo largo de los siglos, la Iglesia ha tomado conciencia de que María "llena de gracia" por Dios (Lc 1, 28) había sido redimida desde su concepción. Es lo que confiesa el dogma de la Inmaculada Concepción, proclamado en 1854 por el Papa Pío IX:

... la bienaventurada Virgen María fue preservada inmune de toda la mancha de pecado original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo Salvador del género humano (DS 2803).

492 Esta "resplandeciente santidad del todo singular" de la que ella fue "enriquecida desde el primer instante de su concepción" (LG 56), le viene toda entera de Cristo: ella es "redimida de la manera más sublime en atención a los méritos de su Hijo" (LG 53). El Padre la ha "bendecido con toda clase de bendiciones

espirituales, en los cielos, en Cristo" (Ef 1, 3) más que a ninguna otra persona creada. El la ha elegido en él antes de la creación del mundo para ser santa e inmaculada en su presencia, en el amor (cf. Ef 1, 4).

"El Reino de Dios está cerca"

- 541 "Después que Juan fue preso, marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la Buena Nueva de Dios: El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva" (Mc 1, 15). "Cristo, por tanto, para hacer la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el Reino de los cielos" (LG 3). Pues bien, la voluntad del Padre es "elevar a los hombres a la participación de la vida divina" (LG 2). Lo hace reuniendo a los hombres en torno a su Hijo, Jesucristo. Esta reunión es la Iglesia, que es sobre la tierra "el germen y el comienzo de este Reino" (LG 5).
- 542 Cristo es el corazón mismo de esta reunión de los hombres como "familia de Dios". Los convoca en torno a él por su palabra, por sus señales que manifiestan el reino de Dios, por el envío de sus discípulos. Sobre todo, él realizará la venida de su Reino por medio del gran Misterio de su Pascua: su muerte en la Cruz y su Resurrección. "Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" (Jn 12, 32). A esta unión con Cristo están llamados todos los hombres (cf. LG 3).

El anuncio del Reino de Dios

- 543 Todos los hombres están llamados a entrar en el Reino. Anunciado en primer lugar a los hijos de Israel (cf. Mt 10, 5-7), este reino mesiánico está destinado a acoger a los hombres de todas las naciones (cf. Mt 8, 11; 28, 19). Para entrar en él, es necesario acoger la palabra de Jesús:

La palabra de Dios se compara a una semilla sembrada en el campo: los que escuchan con fe y se unen al pequeño rebaño de Cristo han acogido el Reino; después la semilla, por sí misma, germina y crece hasta el tiempo de la siega (LG 5).

- 544 El Reino pertenece a los pobres y a los pequeños, es decir a los que lo acogen con un corazón humilde. Jesús fue enviado para "anunciar la Buena Nueva a los pobres" (Lc 4, 18; cf. 7, 22). Los declara bienaventurados porque de "ellos es el Reino de los cielos" (Mt 5, 3); a los "pequeños" es a quienes el Padre se ha dignado revelar las cosas que ha ocultado a los sabios y prudentes (cf. Mt 11, 25). Jesús, desde el pesebre hasta la cruz comparte la vida de los pobres; conoce el hambre (cf. Mc 2, 23-26; Mt 21,18), la sed (cf. Jn 4,6-7; 19,28) y la privación (cf. Lc 9, 58). Aún más: se identifica con los pobres de todas clases y hace del amor activo hacia ellos la condición para entrar en su Reino (cf. Mt 25, 31-46).
- 545 Jesús invita a los pecadores al banquete del Reino: "No he venido a llamar a justos sino a pecadores" (Mc 2, 17; cf. 1 Tim 1, 15). Les invita a la conversión, sin la cual no se puede entrar en el Reino, pero les muestra de palabra y con hechos la misericordia sin límites de su Padre hacia ellos (cf. Lc 15, 11-32) y la inmensa "alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta" (Lc 15, 7). La prueba suprema de este amor será el sacrificio de su propia vida "para remisión de los pecados" (Mt 26, 28).
- 546 Jesús llama a entrar en el Reino a través de las parábolas, rasgo típico de su enseñanza (cf. Mc 4, 33-34). Por medio de ellas invita al banquete del Reino (cf. Mt 22, 1-14), pero exige también una elección radical para alcanzar el Reino, es necesario darlo todo (cf. Mt 13, 44-45); las palabras no bastan, hacen falta obras (cf. Mt 21, 28-32). Las parábolas son como un espejo para el hombre: ¿acoge la palabra como un suelo duro o como una buena tierra (cf. Mt 13, 3-9)? ¿Qué hace con los talentos recibidos (cf. Mt 25, 14-30)? Jesús y la presencia del Reino en este mundo están secretamente en el corazón de las parábolas. Es preciso entrar en el Reino, es decir, hacerse discípulo de Cristo para "conocer los Misterios del Reino de los

cielos" (Mt 13, 11). Para los que están "fuera" (Mc 4, 11), la enseñanza de las parábolas es algo enigmático (cf. Mt 13, 10-15).

Los signos del Reino de Dios

- 547 Jesús acompaña sus palabras con numerosos "milagros, prodigios y signos" (Hch 2, 22) que manifiestan que el Reino está presente en El. Ellos atestiguan que Jesús es el Mesías anunciado (cf. Lc 7, 18-23).
- 548 Los signos que lleva a cabo Jesús testimonian que el Padre le ha enviado (cf. Jn 5, 36; 10, 25). Invitan a creer en Jesús (cf. Jn 10, 38). Concede lo que le piden a los que acuden a él con fe (cf. Mc 5, 25-34; 10, 52; etc.). Por tanto, los milagros fortalecen la fe en Aquél que hace las obras de su Padre: éstas testimonian que él es Hijo de Dios (cf. Jn 10, 31-38). Pero también pueden ser "ocasión de escándalo" (Mt 11, 6). No pretenden satisfacer la curiosidad ni los deseos mágicos. A pesar de tan evidentes milagros, Jesús es rechazado por algunos (cf. Jn 11, 47-48); incluso se le acusa de obrar movido por los demonios (cf. Mc 3, 22).
- 549 Al liberar a algunos hombres de los males terrenos del hambre (cf. Jn 6, 5-15), de la injusticia (cf. Lc 19, 8), de la enfermedad y de la muerte (cf. Mt 11,5), Jesús realizó unos signos mesiánicos; no obstante, no vino para abolir todos los males aquí abajo (cf. Lc 12, 13. 14; Jn 18, 36), sino a liberar a los hombres de la esclavitud más grave, la del pecado (cf. Jn 8, 34-36), que es el obstáculo en su vocación de hijos de Dios y causa de todas sus servidumbres humanas.
- 550 La venida del Reino de Dios es la derrota del reino de Satanás (cf. Mt 12, 26): "Pero si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios" (Mt 12, 28). Los exorcismos de Jesús liberan a los hombres del dominio de los demonios (cf. Lc 8, 26-39). Anticipan la gran victoria de Jesús sobre "el príncipe de este mundo" (Jn 12, 31). Por la Cruz de Cristo será definitivamente establecido el Reino de Dios: "Regnavit a ligno Deus" ("Dios reinó desde el madero de la Cruz", himno "Vexilla Regis").

II LA IGLESIA, CUERPO DE CRISTO

La Iglesia es comunión con Jesús

- 787 Desde el comienzo, Jesús asoció a sus discípulos a su vida (cf. Mc. 1,16-20; 3, 13-19); les reveló el Misterio del Reino (cf. Mt 13, 10-17); les dio parte en su misión, en su alegría (cf. Lc 10, 17-20) y en sus sufrimientos (cf. Lc 22, 28-30). Jesús habla de una comunión todavía más íntima entre él y los que le sigan: "Permaneced en Mí, como yo en vosotros ... Yo soy la vid y vosotros los sarmientos" (Jn 15, 4-5). Anuncia una comunión misteriosa y real entre su propio cuerpo y el nuestro: "Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en Mí y Yo en él" (Jn 6, 56).

2. EXÉGESIS

P. José María Solé Roma, C.F.M

Sobre la Primera Lectura (Amós 7, 12-15)

Amós es un caso palmario de cómo es siempre Dios quien toma la iniciativa. Dios llama, elige, ilumina, autoriza, envía a su Profeta. Este debe obedecer:

- Amós era originario de Tecoá, aldea agrícola cercana a Belén. Era pastor, como David. Dios le llama y le envía al Reino de Israel como Profeta: 'Yahvé me tomó de detrás del rebaño y me dijo: Ve, profetiza a mi pueblo de Israel' (15). Es un caso más de cómo el Profeta no lo es ni por méritos ni por propia elección, sino solamente por divina vocación.

- El mensaje de Amós es explosivo. En Israel del Norte, bajo Jeroboam II, han crecido el lujo, la riqueza y los vicios. La religión oficial es puro formalismo cuando no culto supersticioso. Amós reivindica los derechos de los pobres y oprimidos frente a las injusticias de los opresores: 'Venden al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias; aplastan contra el polvo la cabeza de los pobres; profanan mi santo Nombre' (2, 6). Al castigo que se cierne sobre tantas injusticias y profanaciones lo llama Amós: 'Día de Yahvé (5, 18). 'Es día de tinieblas y no de luz.' Los Profetas posteriores dejarán estereotipada la expresión: 'Día de Yahvé' como amenaza de los castigos divinos.

- En la lectura de esta domingo vemos cómo se enfrentan Amasías, sacerdote de Betel, profeta áulico, oficial, y Amós, Profeta auténtico de Dios. Amasías, valiéndose de su poder ante Jeroboam, quiere hacer enmudecer a aquel inoportuno predicador: 'Amasías envió a decir a Jeroboam: Amós está conspirando contra ti en medio de la Casa de Israel. El país no puede soportar más todas sus palabras' (7, 10). Y seguro del apoyo de su rey conmina a Amós: '¡Vidente, vete! huye a la tierra de Judá; come allí tu pan y profetiza allí. Pero no vuelvas a profetizar en Betel, porque éste es el santuario del rey, casa real (7, 12). La respuesta de Amós es seria y valiente: 'Yahvé me tomó de detrás del rebaño y me dijo: Ve, profetiza a mi pueblo de Israel. ¿Quién al rugir el león no temerá? El Señor ha hablado, ¿quien no profetizará?' (3, 8). Amós no es un conspirador político. No predica por gusto ni por interés. Debe obedecer a quien le envía. El Profeta de Dios ungido y vigorizado por quien le envió y le sostiene, se mantiene libre y sereno. Ningún poder civil ni religioso puede apagar el fragor de su mensaje.

Sobre la Segunda Lectura(Ef.1, 3-14)

La Carta a los Efesios desarrolla el que llama San Pablo 'Misterio de Cristo': Es el plan divino de la salvación.

- Este plan está en el corazón del Padre desde la eternidad y es todo él iniciativa del amor del Padre. Pablo entona un hermoso himno de alabanza al amor eterno del Padre. El centro y el eje de este plan es: Cristo ab eterno y de pura gracia se desborda sobre nosotros el amor del Padre. Concebido este plan de amor en la eternidad se realiza en el tiempo, en la Era Mesianica; cuando Cristo Hijo de Dios no sólo nos redime del pecado, sino que nos hace partícipes de su divina filiación.

- San Pablo enumera algunas de las riquezas de este adorable plan de amor: El Padre en Cristo nos bendice, nos elige, nos predestina; nos ve, nos piensa, nos ama (3). Y porque nos ve en Cristo nos ve santos, inmaculados, partícipes de la filiación divina, agraciados en el Amado (5. 6). El pecado no será ya óbice, porque Cristo con su sangre nos redimirá de él. En este plan de amor entran todos los hombres, así judíos como gentiles (12. 13).

- De nuestra parte debemos dar respuesta al plan de amor divino. Y nuestra respuesta es la fe; y el amor y la alabanza sin fin a quien tanto nos amó. San Pablo nos exhorta a todos a dar esta respuesta al amor eterno de Dios: 'Tan luego oísteis el Evangelio de vuestra salvación lo aceptasteis con fe. Y así fuisteis sellados con el Espíritu Santo prometido; el cual es prenda de nuestra herencia mientras llega la plena redención de los que debemos formar el pueblo de su patrimonio para alabanza de su gloria' (13. 14). Tres veces nos repite San Pablo en esta perícopa que vivamos ya ahora y luego en la eternidad: ¡Para alabanza de la Gloria de Dios! (6, 12, 14): 'Repletos, Señor, de tus ricas dádivas, concédenos que los que recibimos tu don salvífico nunca reposemos en tu alabanza'.

Sobre el Evangelio (Mc. 6, 7-13)

En el N. T. es también Cristo quien llama, elige, ilumina, forma, autoriza y envía a sus Apóstoles. Estos deben obedecer y corresponder a su vocación:

- Nos narra San Marcos la elección de los 'Doce'. Cuando Jesús desaparezca de nuestra vista ellos serán no sólo sus heraldos y representantes, sino los que prolongarán y perpetuarán su misión redentora. Esto significa el poder que les da sobre los demonios (7). Les deja la plenitud de sus poderes: 'Como me enviaste Tú al mundo Yo también los envié al mundo' (Jn 17, 18). Y San Pablo definirá al Apóstol: 'Así nos deben todos considerar: como ministros de Cristo y como administradores de los misterios de Dios' (1 Cor 4, 1).

- Y así como representan la Persona de Cristo deben imitarle: pobres, desasidos, desinteresados.

- El Apóstol de Cristo debe tener confianza en Aquel que le ha elegido y enviado: 'Esta seguridad tenemos por Cristo ante Dios. No que de nosotros mismos seamos idóneos, sino que nuestra idoneidad nos viene de Dios. El nos hace idóneos ministros de la Nueva Alianza' (2 Cor 3, 4). Así, los fieles y creyentes deben ver y aceptar con fe al Apóstol de Cristo: 'El que a vosotros recibe a Mí me recibe' (Mt 10, 40). 'El que a vosotros escucha a Mí me escucha. El que a vosotros rechaza a Mí me rechaza'. (Lc 10, 16).

(SOLÉ ROMA, J. M., *Ministros de la Palabra. Ciclo B*, Herder, Barcelona, 1979)

3. COMENTARIO TEOLÓGICO

Xavier Leòn - Dufour

Apóstoles

En el NT numerosos personajes reciben el título de apóstol: los doce discípulos escogidos por Jesús para fundar su Iglesia (Mt 10,2; Ap 21, 14), así como Pablo, Apóstol de las *naciones por excelencia (Rm 11, 13), son bien conocidos. Pero hay además, según el uso constante de Pablo mismo, "los otros apóstoles, y los hermanos del Señor, y Cefas... y Bernabé" (ICor 9,5s), todos los cuales llevan el mismo título; junto a Pedro y a los doce tenemos a "Santiago y los apóstoles" (ICor 15,5ss; cf. Gál 1,19), para no hablar del carisma del apostolado (ICor 12,28; Ef 4,11), ni de los "falsos profetas" y los "archiprofetas" denunciados por Pablo (2Cor 11,5.13; 12,11). Un uso tan extendido de este título plantea un problema: ¿qué relación hay entre estos diferentes "apóstoles"? Para resolverlo, a falta de una definición neotestamentaria del apostolado que convenga a todos, hay que situar en su propio lugar a los diferentes personajes que llevan este título, después de haber recogido las indicaciones concernientes al término y a la función no específicamente cristiana.

El sustantivo apóstolos es ignorado por el griego literario (si se exceptúa a Heródoto y a Josefa, que parecen reflejar el lenguaje popular), pero el verbo del que deriva (apostello), enviar, expresa bien su contenido; éste se precisa mediante las analogías del AT y las costumbres judías. El AT conocía el uso de los embajadores que deben ser respetados como el rey que los envía (2Sa 10); los *profetas ejercen *misiones del mismo orden (cf. Is 6,8; Jer 1,7; Is 61,1ss), aun cuando no reciben nunca el título de apóstol. Pero el judaísmo rabínico, después del año 70, conoce la institución de enviados (shelijîn), cuyo uso parece muy anterior, según los textos mismos del NT. Pablo pide cartas para las sinagogas de Damasco, con objeto de perseguir a los fieles de Jesús (Act 9,2 p): es un delegado oficial provisto de credenciales oficiales (cf. Act 28,21 s). La Iglesia sigue esta costumbre cuando de Antioquía y de Jerusalén envía a Bernabé y a Silas con sus cartas (Act 15,22), o hace a Bernabé y a Pablo sus delegados (Act 11,30; 13,3; 14,26; 15, 2); Pablo mismo envía a dos hermanos que son los apóstoloi de las Iglesias (2Cor 8,23). Según la palabra de Jesús, que tiene antecedentes, en la literatura judía, el apóstol representa al que le envía: "El servidor no es mayor que su amo, ni el apóstol mayor que el que lo ha enviado" (Jn 13,16).

Así, a juzgar por el uso de la época, el apóstol (...) es un emisario, un delegado, un plenipotenciario, un embajador.

I. LOS DOCE Y EL APOSTOLADO.

(...)

1. Los doce apóstoles. Desde el principio de su vida pública quiso Jesús multiplicar su presencia y propagar su mensaje por medio de hombres que fueran como él mismo. Llama a los cuatro primeros discípulos para que sean pescadores de hombres (Mt 4,18-22 p); escoge a doce para que estén "con él" y para que, como él, anuncien el evangelio y expulsen a los demonios (Mc 3,14 p); los envía en *misión a hablar en su nombre (Mc 6,6-13 p), revestidos de su autoridad: "El que os recibe a vosotros, a mí me recibe, y el que me recibe a mí, recibe al que me envió" (Mt 10,40 p); aprenden a distribuir los panes multiplicados en el desierto (Mt 14,19 p), reciben autoridad especial sobre la comunidad que deben dirigir (Mt 16,18; 18,18). En una palabra, constituyen los fundamentos del nuevo *Israel, cuyos jueces serán el último día (Mt 19,27 p), que es lo que simboliza el *número 12 del colegio apostólico. A ellos es a quienes el resucitado, presente siempre con ellos hasta el fin de los siglos, da el encargo de reclutarle discípulos y de bautizar a todas las naciones (Mt 28,18ss). En estas condiciones la elección de un duodécimo apóstol en sustitución de Judas aparece indispensable para que se descubra en la Iglesia naciente la figura del nuevo Israel (Act 1,15-26). Deberán ser *testigos de Cristo, es decir, atestiguar que el Cristo resucitado es el mismo Jesús con el que habían vivido (1,8.21); testimonio único, que confiere a su apostolado (entendido aquí en el sentido más fuerte del término) un carácter único. Los doce son para siempre el fundamento de la Iglesia: "El muro de la ciudad tenía doce hiladas, y sobre ellas los nombres de los doce apóstoles del cordero" (Ap 21,14).

2. El apostolado de la Iglesia naciente. Si los doce son los apóstoles por excelencia, en cuanto que la Iglesia es "apostólica", sin embargo, el apostolado de la Iglesia, entendido en sentido más amplio, no se limita a la acción de los doce. Así como Jesús, "apóstol de Dios" (Heb 3,1), quiso constituir un colegio privilegiado que multiplicara su presencia y su palabra, así también los doce comunican a otros el ejercicio de su misión apostólica. Ya en el AT Moisés había transmitido a Josué la plenitud de sus poderes (Núm 27,18); así también Jesús quiso que el cargo pastoral confiado a los doce continuara a lo largo de los siglos: aun conservando un vínculo especial con ellos, su presencia de resucitado desbordará infinitamente su estrecho círculo.

Por lo demás, ya en su vida pública Jesús mismo abrió el camino a esta extensión de la misión apostólica. Al lado de la tradición prevalente que contaba la misión de los doce, conservó Lucas otra tradición, según la cual Jesús "designó todavía a otros setenta y dos [discípulos] y los envió delante de él" (Lc 10,1). Idéntico objeto de misión que en el caso de los doce, idéntico carácter oficial: "El que a vosotros oye, a mí me oye, y el que a vosotros desecha, a mí me desecha, y el que me desecha a mí, desecha al que me envió" (Lc 10,16; cf. Mt 10,40 p). La misión apostólica no está, pues, limitada a la de los doce en la mente de Jesús.

Los mismos doce actúan también con este espíritu. En el momento de la elección de Matías sabían que buen número de discípulos podían llenar las condiciones necesarias (Act 1.21ss): Dios no designa propiamente un apóstol, sino un testigo duodécimo. Ahí está además Bernabé, un apóstol del mismo renombre que Pablo (14,4.14); y si bien a los siete no se los llama apóstoles (6,1-6), pueden, sin embargo, fundar una nueva iglesia: así Felipe en Samaria, aun cuando sus poderes estén limitados por los de los doce (8,14-25). El apostolado, representación oficial del resucitado en la Iglesia, queda para siempre fundado sobre el colegio "apostólico" de los doce, pero se ejerce por todos los hombres a los que éstos confieren autoridad.

II. PABLO, APÓSTOL DE LOS GENTILES.

La existencia de Pablo confirma a su manera lo que Jesús había insinuado en la tierra enviando a los setenta y dos, además de los doce. Desde el cielo envía el resucitado a Pablo, además de los doce; a través de esta misión apostólica se podrá precisar la naturaleza del apostolado.

1. Embajador de Cristo. Cuando Pablo repite con insistencia que ha sido "llamado" como apóstol (Rm 1,1, Gál 1,15) en una visión apocalíptica del resucitado (Gál 1,16; ICor 9,1; 15,8; cf. Act 9,5.27), manifiesta que el origen de su *misión dependió de una *vocación particular. Como apóstol, es un "enviado", no de los hombres (aunque ellos mismos sean apóstoles), sino personalmente de Jesús. Recuerda sobre todo este hecho cuando reivindica su autoridad apostólica: "Somos embajadores de Cristo, como si Dios os exhortase por medio de nosotros" (2Cor 5,20): "la palabra de Dios que os predicamos, la acogisteis no como palabra de hombre, sino como palabra de Dios" (ITes 2,13). Dichosos los que le han "acogido como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús" (Gál 4,14). Porque los apóstoles son "cooperadores de Dios". (ICor 3,9; ITes 3,2). Además, a través de ellos se realiza el ministerio de la *gloria escatológica (2Cor 3,7-11). Y para que el embajador no desvíe en su provecho este poder divino y esta gloria, el apóstol es un hombre despreciado por el mundo; ahí está, perseguido, entregado a la muerte, para que sea dada la vida a los hombres (2Cor 4,7-6, 10; 1 Cor 4, 9-13).

Concretamente, la *autoridad apostólica se ejerce a propósito de la doctrina, del ministerio y de la jurisdicción. Con frecuencia invoca Pablo su autoridad doctrinal, a la que estima capaz de fulminar anatema contra quienquiera que anuncie un *Evangelio diferente del suyo (Gál 1,8s). Pablo se considera capaz de delegar a otros sus propios poderes, como cuando ordena a Timoteo *imponiéndole las manos (ITim 4,14; 2Tim 1,6), gesto que éste podrá hacer a su vez (ITim 5,22). Finalmente, esta autoridad se ejerce por una real jurisdicción sobre las Iglesias que ha fundado Pablo o que le están confiadas: juzga y adopta sanciones (ICor 5,3ss; ITim 1,20), arregla todo a su paso (ICor 11,34; 2Cor 10,13-16; 2Tes 3,4), sabe exigir obediencia a la comunidad (Rm 15,18; ICor 14,37; 2Cor 13,3), a fin de mantener la *comunión (ICor 5,4). Esta autoridad no es tiránica (2Cor 1,24), es un servicio (ICor 9, 19), el de un *pastor (Act 20,28; IPe 5,2-5) que sabe, si es necesario, renunciar a sus derechos (ICor 9,12); lejos de pesar sobre los fieles, los quiere como un padre, como una madre (ITes 2,7-12) y les da el *ejemplo de la fe (ITes 1,6; 2Tes 3,9; ICor 4,16).

2. El caso único de Pablo. En esta descripción ideal del apostolado reconocería Pablo sin dificultad lo que esperaba de sus colaboradores, de Timoteo (cf. 1Tes 3,2) y de Silvano, a los que califica, a lo que parece, de apóstoles (2,5ss), o también de Sóstenes y de Apolo (ICor 4,9). Sin embargo, Pablo se atribuía un puesto aparte en el apostolado de la Iglesia: es el apóstol de las naciones paganas, tiene una inteligencia especial del misterio de Cristo: esto pertenece al orden *carismático y no se puede transmitir.

a) El apóstol de las *naciones. Pablo no fue el primero que llevó el Evangelio a los paganos: Felipe había ya evangelizado a los samaritanos (Act 8), y el Espíritu Santo había descendido sobre los paganos de Cesarea (Act 10). Pero Dios quiso que al nacimiento de su Iglesia un apóstol estuviera más especialmente encargado de la evangelización de los gentiles al lado de la de los judíos. Esto es lo que Pablo hace reconocer por *Pedro. No ya que quisiera ser un enviado de Pedro: seguía siendo enviado directo de Cristo; pero tenía interés en informar al jefe de los doce, a fin de no "correr en vano" y de no introducir división en la Iglesia (Gál 1-2).

b) El misterio de Cristo es, para Pablo, "Cristo entre las naciones. (Col 1,27); ya Pedro había comprendido por revelación que no había ya prohibición relativa a alimentos que separara a los judíos y a los gentiles (Act 10,10-11,18). Pero Pablo tiene por la gracia de Dios un *conocimiento particular de este *misterio (Ef 3,4) y ha recibido el encargo de transmitirlo a los hombres; sufre persecución, soporta sufrimientos, es prisionero con miras al cumplimiento de este misterio (Col 1,24-29; Ef 3,1 -21).

Tal es la gracia particular, incomunicable, de Pablo; pero el aspecto de embajada de Cristo y hasta, en cierto grado, la inteligencia espiritual que tiene de su apostolado, puede ser otorgada a todos los apóstoles por el señor del Espíritu (ICor 2,6-16).

El apostolado de los fieles no es objeto de enseñanza explícita en el NT, pero halla en algunos hechos un sólido punto de apoyo. El apostolado, aun siendo por excelencia función de los doce y de Pablo, se ejerció desde los principios por la Iglesia entera: por ejemplo, las Iglesias de Antioquía y de Roma existían ya cuando llegaron los jefes de la Iglesia. En sentido amplio, el apostolado es cosa de todo *discípulo de Cristo, "luz del mundo y

sal de la tierra" (Mt 5,13s). Según su rango debe participar en el apostolado de la Iglesia, imitando en su celo apostólico a Pablo, a los doce y a los primeros apóstoles.

(LEÓN - DUFOUR, XAVIER, *Vocabulario de Teología Bíblica*, Herder, Barcelona, 2001)

4. SANTOS PADRES

San Gregorio Magno

La pobreza del apóstol

Nuestro Señor y Salvador, amadísimos hermanos, nos instruye tanto con sus palabras como con sus actos. Sus acciones son, por ellas mismas, mandamientos porque cuando él hace cualquier cosa sin decir palabra, nos muestra cómo debemos actuar. Y es así que él envía a sus discípulos a predicar de dos en dos, porque los mandamientos de la caridad son dos: el amor de Dios y el del prójimo. El Señor envía a predicar a sus discípulos de dos en dos para sugerirnos, aunque sin decirlo, que el que no tiene caridad para con los demás no debe, de ninguna manera, iniciar el ministerio de la predicación.

Está muy bien dicho que «los mandó por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares donde pensaba ir él» (Lc 10, 1). En efecto, el Señor va detrás de sus predicadores porque la predicación es un preámbulo; el Señor viene a habitar en nuestras almas cuando las palabras de exhortación han llegado ya hasta nosotros como precursoras y hace que el alma pueda acoger la verdad. Por eso Isaías dice a los predicadores: «Preparad el camino del Señor, allanad los senderos de nuestro Dios» (40, 3). Y también el salmista las dice: «Alfombrad el camino del que viene desde poniente» (Sal 67, 5 Vulg.) El Señor sube desde el ocaso porque habiéndose acostado por su pasión se manifiesta con una gloria mayor en su resurrección. Sube desde el ocaso porque resucitando ha pisoteado la muerte que había experimentado. Así pues, nosotros alfombramos el camino al que sube desde poniente cuando predicamos su gloria a vuestras almas a fin de que viniendo en seguida les ilumina por la presencia de su amor.

No llevéis talega, ni alforja, ni sandalias; y no os detengáis a saludar a nadie por el camino. El predicador ha de tener tanta confianza en Dios que, aunque no se provea de lo necesario para la presente vida, esté sin embargo segurísimo de que nada le ha de faltar, no ocurra que por tener la atención centrada en las cosas temporales, descuide de proveer a los demás las realidades eternas.

Cuando entréis en una casa, decid primero: «Paz a esta casa». Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros. La paz que se ofrece por boca del predicador, o descansa en la casa, si en ella hay gente de paz, o vuelve al mismo predicador; porque o bien habrá allí alguno predestinado a la vida y pondrá en práctica la palabra celestial que oye, o bien si nadie quisiera oír, el mismo predicador no quedará sin fruto, pues a él vuelve la paz, por cuanto el Señor le recompensará dándole la paga por el trabajo realizado.

Y ved cómo quien prohibió llevar ni alforja ni talega concede los necesarios medios de subsistencia a través de la misma predicación, pues agrega: *Quedaos en la misma casa, comed y bebed de lo que tengan: porque el obrero merece su salario.* Si nuestra paz es aceptada, justo es que nos quedemos en la misma casa, comiendo y bebiendo de lo que tengan, y así recibamos una retribución terrena de aquellos a quienes ofrecemos los premios de la patria celestial. De este modo, la recompensa que se recibe en la presente vida debe estimularnos a tender con más entusiasmo a la recompensa futura. Por lo cual, un predicador ya curtido no debe predicar para recibir la recompensa en esta tierra, sino que ha de recibir la recompensa para poder seguir predicando. Porque quien predica para recibir aquí la paga, en prestigio o en metálico, se priva indudablemente de la recompensa eterna. En cambio, quien predica buscando agradar a los hombres para atraerlos con sus palabras al amor del Señor, no al suyo propio, o bien percibe una retribución para no caer extenuado en el ministerio de la predicación a causa de su pobreza, éste ciertamente recibirá su recompensa en la patria celestial, porque durante su peregrinación sólo recibió lo estrictamente necesario.

Y ¿qué hacemos nosotros, oh pastores, que no sólo recibimos la recompensa, sino que para colmo no somos operarios? Recibimos, ya lo creo, los frutos de la santa Iglesia para nuestro cotidiano sustento, y sin

embargo no nos empleamos a fondo en la predicación en beneficio de la Iglesia eterna. Pensemos cuál será la penalización subsiguiente al hecho de haber percibido un salario sin haber llenado la jornada laboral. Mirad: nosotros vivimos de las ofrendas de los fieles; y ¿qué hacemos por las almas de los fieles? Invertimos en gastos personales lo que los fieles ofrecieron para remisión de sus pecados, y sin embargo no nos afanamos, como sería justo, en luchar, con la dedicación a la plegaria o a la predicación, contra esos mismos pecados.

(San Gregorio Magno, Homilías sobre el Evangelio, 17,1-3.5-8; PL 76,1139-1142)

5. APLICACIÓN

P. José A. Marcone, IVE

El envío de los Doce

(Mc 6,7-13)

Introducción

En el evangelio de hoy aparece un numeral escrito con mayúsculas: “Doce”. ¿Desde cuándo un numeral se escribe con mayúsculas? Ese numeral, ‘Doce’, con mayúsculas y con el artículo adelante, ‘los Doce’, tiene en los evangelios una importancia especial. ‘Los Doce’ son una creación especial de Jesucristo.

1. Los Doce

Y cuando decimos que es una *creación* especial de Jesucristo no estamos usando una metáfora sino un término estricto. En efecto, en el evangelio de San Marcos se dice dos veces en el breve lapso de tres versículos que Jesús ‘hizo’ o ‘creó’ a los Doce. La traducción más apropiada quizá sea ‘constituyó o instituyó a los Doce’, pero el verbo que usa es el verbo *poiéo*, que significa ‘hacer’ o ‘crear’¹. Se trata del texto de Mc 3,14-16. Allí se dice: “Subió al monte y llamó a los que él quiso; y vinieron donde él. Instituyó a Doce (*epoíesen dódeka*), para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios. Instituyó a los Doce (*epoíesen tous dódeka*) y puso a Simón el nombre de Pedro”. Sólo el modo en que se narra esta institución ya nos dice que se trata de un grupo de discípulos absolutamente especial².

La expresión ‘los Doce’ no está solamente en boca de los evangelistas que narran, sino que también Jesucristo se dirige a este grupo llamándolo Él mismo ‘los Doce’. En efecto, en Jn 6,70 dice: “Yo os he elegido a vosotros, los Doce”. No sólo para la comunidad ellos son ‘los Doce’ sino también para Jesús.

Jesús mismo los dota de una autoridad delante de la comunidad. La siguiente frase va dirigida a los Doce: “Yo os aseguro: todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo” (Mt 18,18). Esta autoridad dada a los Doce se confirmará después de la resurrección. En el domingo siguiente al de la resurrección Jesús se aparecerá a los Doce y les dirá: “La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío”. Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: ‘Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos’” (Jn 20,21-23). De esto concluimos algo muy importante: los Doce constituyen la jerarquía máxima dentro de la comunidad de Jesús, es decir, de la Iglesia.

Esta verdad queda confirmada al ver el poder extraordinario que les dará Jesús en el momento del Juicio Final: “Jesús les dijo: ‘Yo os aseguro que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo

¹ ‘Crear’ no en el sentido de crear de la nada sino en el sentido de hacer algo por iniciativa propia y con originalidad.

² Todos los evangelios reconocen al grupo de los Doce. Pero Marcos, a pesar de su brevedad, los menciona más a menudo que los otros evangelios (Mc: 11 veces; Mt.: 8 veces; Lc.: 7 veces; Jn.: 4 veces).

del hombre se siente en su trono de gloria, os sentaréis también vosotros en doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel” (Mt 19,28).

Este texto tiene su eco en el libro del Apocalipsis, donde se confirma que los Doce representan la estructura jerárquica sobre la que se asienta toda la Iglesia: “La muralla de la ciudad se asienta sobre doce piedras, que llevan los nombres de los doce Apóstoles del Cordero” (Apoc 21,14). No cabe duda que la ‘ciudad’ es la Iglesia Católica.

Los tres evangelistas sinópticos ponen a la cabeza del grupo de los Doce a San Pedro. En las tres listas completas de los Doce, Pedro aparece siempre en primer lugar (Mt 10,2-4; Mc 3,16-19; Lc 6,13-16). Incluso San Mateo aclara: “Primero (*prôtos*), Simón, llamado Pedro” (Mt 10,2). En San Marcos, por citar un solo evangelista, se resalta a Pedro como portavoz del grupo de los Doce (Mc 1,36; 8,29.32; 9,5; 10,28; 11,21; 14,29). Desde el primer momento, apenas Jesús lo conoce, lo llama y lo considera ‘Piedra’, en arameo, ‘Kéfas’ (Jn 1,34). Esto indica que ya desde el momento de la constitución o creación de ‘los Doce’, Pedro será su cabeza. Apenas Jesús comienza a estructurar su comunidad, que es la Iglesia, Pedro ocupa el primer lugar y obra como cabeza. Este designio de Jesucristo permanecerá para siempre.

Hoy, dentro de la Iglesia Católica, los Doce con Pedro a la cabeza son los obispos con el Papa a la cabeza. Dice el Catecismo de la Iglesia Católica: “Cristo, al instituir a los Doce, ‘formó una especie de Colegio o grupo estable y eligiendo de entre ellos a Pedro lo puso al frente de él’ (*Lumen Gentium*, 19). ‘Así como, por disposición del Señor, San Pedro y los demás Apóstoles forman un único Colegio apostólico, por análogas razones están unidos entre sí el Romano Pontífice, sucesor de Pedro, y los obispos, sucesores de los Apóstoles’ (*Lumen Gentium*, 22; cf. CIC, can 330)” (CEC, n° 880).

2. ‘Los llamó apóstoles’

San Lucas aclara que Jesús mismo les puso a ‘los Doce’ el nombre de ‘apóstoles’: “Llamó a sus discípulos, y eligió doce de entre ellos, a los que llamó apóstoles” (Lc 6,13). ‘Apóstol’ es una palabra griega (*apóstollo*) que significa ‘enviado’. Proviene del verbo griego *apostéllo*, que significa ‘enviar’. Es, precisamente, el verbo que usa el evangelio de hoy para narrar la acción de Jesús sobre ellos: “Los envió (verbo *apostéllo*)” (Mc 6,7).

El verbo *apostéllo*, como dijimos, significa ‘enviar’, pero se trata de un envío muy especial. No es el envío que se hace de una carta o de una encomienda. Para eso el griego usa el verbo *pémpto*. Para entender el sentido exacto del verbo *apostéllo* nos servirá saber que con ese verbo la Biblia griega del AT, la LXX, traduce el verbo hebreo *shaláj*, que es el verbo que se usa para expresar el acto de Yahveh por el cual elige a un profeta, lo reviste de su autoridad y lo envía a predicar al pueblo³. El verbo hebreo *shaláj* “no indicaba solamente el envío en sí, sino que subrayaba el encargo o investidura del enviado, que adquiriría para aquella tarea concreta y determinada la misma autoridad que la persona mandante (cf Jos 1,16; 1Re 20,8; 21,10; 2Re 19,4)”⁴. De esta manera, al usar el verbo *apostéllo* y al llamar ‘apóstoles’ a ‘los Doce’, Jesucristo está poniendo en relación y contacto a sus apóstoles con los profetas del AT. El envío y la misión de sus apóstoles se parece mucho al envío y a la misión de los profetas del AT, sólo que ahora el que envía es Dios hecho hombre, el Verbo Encarnado.

¿Y para qué son enviados? Para predicar la verdad de Dios y exhortar al pueblo a que se convierta. A los profetas del AT les decía: “Mira que he puesto mis palabras en tu boca” (Jer 1,9). Y también: “Di a la casa de Israel: Así dice el Señor Yahveh: Convertíos, apartaos de vuestras basuras, apartad vuestro rostro de todas

³ cf. LEONARDI, G., *Voz Apóstol / Discípulo*, en *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*, Ediciones Paulinas, Madrid, 1990, p. 142 – 153. Por ejemplo, Ez 2,3-4, donde se usa dos veces el verbo *shaláj*. Pero podríamos dar una infinidad de ejemplos más, dado que en la Biblia de los LXX se traduce el verbo *shaláj* con el verbo *apostéllo* (o *exapostéllo*) unas 700 veces.

⁴ LEONARDI, G., *Idem*, p. 144 – 145.

vuestras abominaciones” (Ez 14,6). A los Apóstoles les ordena: “Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará” (Mc 16,15-16). De hecho, dice el evangelio de hoy que los Apóstoles cumplieron con el encargo: “Entonces fueron a predicar, exhortando a la conversión” (Mc 6,12).

Del significado de los verbos *shaláj* y *apostéllo* brota el perfil del ‘enviado’ en el sentido bíblico del NT:

- Se trata de una persona que ha sido llamada por Cristo
- Ha sido estrechamente vinculada al que envía, es decir, a Cristo
- Ha sido revestida con la autoridad del que envía (Cristo) y, por lo tanto...
- Hace las veces del que envía (Cristo)
- Es enviado para una misión asignada por el que envía: la predicación del Reino invitando a la conversión; y...
- Tiene que volver a dar cuentas de su misión

El primer enviado y el Enviado por excelencia es Cristo. De hecho, San Pablo llama ‘apóstol’ a Cristo: “Por tanto, hermanos santos, participes de una vocación celestial, considerad al apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra fe, a Jesús” (Heb 3,1). Por eso dice el Catecismo de la Iglesia Católica: “Jesús es el enviado del Padre. Desde el comienzo de su ministerio, ‘llamó a los que él quiso, y vinieron donde él. Instituyó Doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar (Mc 3,13-14). Desde entonces, serán sus ‘enviados’ (es lo que significa la palabra griega *‘apostolói’*). En ellos continúa su propia misión: ‘Como el Padre me envió, también yo os envío’ (Jn 20,21; cf 13,20; 17,18). Por tanto, su ministerio es la continuación de la misión de Cristo: ‘Quien a vosotros recibe, a mí me recibe’, dice a los Doce (Mt 10,40; cf Lc 10,16)” (CEC, nº 858).

Ese envío y esa misión de los apóstoles durará, a través de sus sucesores, hasta el fin del mundo. Por eso Jesucristo, antes de ascender a los cielos, les dijo: “*Id*, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,19-20).

No es indiferente ni sin razón el hecho de que este envío de los Doce sea relatado en Marcos inmediatamente después que Jesús se presenta a sí mismo como profeta en Nazaret y es rechazado por su pueblo. La correlación es la siguiente: Jesús dice que un profeta es rechazado especialmente en su tierra, ‘y se maravillaba de su falta de fe’ (Mc 6,6). E inmediatamente se dice: “Y llamó a los Doce y los envió” (Mc 6,7). Esta correlación sugiere que el apóstol-profeta es enviado a un mundo hostil, sin fe, y que su destino será, como el de todo profeta, sufrir el rechazo de su pueblo. Es por esta razón que la Iglesia ha querido poner como primera lectura un texto del profeta Amós donde se narra el rechazo que el profeta sufre por parte de las autoridades del pueblo judío (Am 7,12-15).

3. *Nosotros también somos apóstoles*

San Pablo considera ‘apóstoles’ a todos los que han sido bautizados. En efecto, él dice en una ocasión: “Salud a Andrónico y Junia, mis parientes y compañeros de prisión, ilustres entre los apóstoles” (Rm 16,7). Todos los bautizados, varones y mujeres, son apóstoles, es decir, son enviados. En ellos se cumplen las seis características propias de todo enviado-apóstol.

1. Hemos sido llamados cuando fuimos bautizados
2. Hemos sido vinculados a Cristo porque llevamos en el alma el carácter, la marca del bautismo, y recibimos la gracia santificante.
3. Hemos sido revestidos de la autoridad de Cristo. Y por eso...
4. Hacemos las veces de Cristo: “Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha; y quien a vosotros os rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado” (Lc 10,16)
5. Cristo nos asignó una misión muy clara: predicar el Reino e invitar a la conversión.
6. ¡Cuidado! Porque tendremos que rendir cuentas de este envío y esta misión recibidos.

Nosotros hemos venido al mundo ‘enviados’, no hemos venido por nosotros mismos o por casualidad. No ‘caímos’ en el mundo, sino que hemos sido ‘enviados’ al mundo. No nací en una familia al acaso, sino que fui ‘enviado’ a esa familia donde nací. No llegué a un colegio, a una universidad, a un trabajo, a un club por casualidad. No. Fui ‘enviado’ a un colegio, a una universidad, a un trabajo, a un club, etc. Y Jesús me va a pedir cuenta de ese ‘envío’ y de esa ‘misión’ que me dio.

Respecto a esto dice el Catecismo de la Iglesia Católica: “Toda la Iglesia es apostólica en cuanto que ella es ‘enviada’ al mundo entero; todos los miembros de la Iglesia, aunque de diferentes maneras, tienen parte en este envío. ‘La vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado’. Se llama ‘apostolado’ a ‘toda la actividad del Cuerpo Místico’ que tiende a ‘propagar el Reino de Cristo por toda la tierra’” (CEC, n° 863).

Conclusión

Todos los bautizados somos apóstoles. Por lo tanto, todos los bautizados hemos sido enviados a predicar a un mundo hostil a nuestra fe, al igual que Cristo, los Doce y los profetas del AT. Pero si no queremos que el Juez nos condene cuando rindamos cuenta, no debemos temer a los poderosos que nos amenazan con sus persecuciones, como hicieron las autoridades de Israel con el profeta Amós.

Concretamente hoy aquí, en Argentina, el apóstol es enviado para anunciar el evangelio de la vida, ante un mundo hostil a ese evangelio. Y la misión que Cristo le encarga hoy cuando lo envía es la de predicar que el aborto, siempre y en cualquiera de sus circunstancias, es un pecado gravísimo, porque es la eliminación de un ser humano por otro ser humano. Y forma parte de esa misión dada por Cristo la de exhortar a los que promueven el aborto: ‘¡Conviértanse! ¡No promuevan el aborto!’”

El profeta Amós pidió a las autoridades de Israel que abandonaran el pecado y se arrepintieran. Pero estas autoridades, a través del falso profeta Amasías, le respondieron: “Vete de aquí, vidente, refúgiate en el país de Judá, gánate allí la vida y profetiza allí. Pero no vuelvas a profetizar en Betel, porque este es un santuario del rey, un templo del reino” (Am 7,12-13). Entonces, el profeta Amós, lleno de humildad y mansedumbre, le responde: “Yo no soy profeta, ni hijo de profetas, sino pastor y cultivador de higos; pero el Señor me sacó de detrás del rebaño y me dijo: ‘Ve a profetizar a mi pueblo Israel’” (Am 7,14-15).

También a nosotros las autoridades de Argentina (sin excluir Diputados y Senadores) nos dirán: “Vete de aquí, apóstol, refúgiate en la sacristía y no salgas de allí. No vengas a predicarnos tus ideas homófobas. Déjanos hacer con nuestro cuerpo lo que nosotros queramos. Lo que tú llamas ‘bebé’ no es un ‘bebé’, es un cúmulo de células. ¡Es una larva!⁵ Nosotros postulamos la separación entre Estado e Iglesia. Estamos en la Casa Rosada (la casa de gobierno), estamos en la Cámara de Diputados de la Nación, estamos en el Senado de la Nación. Estos son nuestros templos. Estos son los santuarios del rey, los templos del reino. No tienes nada que hacer en la ciudad, en la *polis*, en la vida política y social de la nación. No quieras entrometerte en las cosas de la cultura. El lugar de la religión es la sacristía, no la vida cotidiana de los hombres. ¡Vete!”.

El apóstol moderno, al igual que el profeta Amós, responderá tranquilamente: “Yo no soy profeta de profesión; apenas si sé hablar; me da vergüenza hablar delante de la gente. Yo me gano la vida como puedo para mantener a mi familia. Pero el Señor me sacó de mi oficina, de mi fábrica, etc., y me dijo: ‘Tú estás bautizado. Yo te envío a las autoridades y al pueblo argentino. Diles que están cometiendo un pecado gravísimo, porque el aborto es un pecado gravísimo. Díceselo saliendo a la calle con carteles, enviando mensajitos por whatsapp, haciendo twittazos y ruidazos o llevando un pañuelo celeste... como tú quieras,

⁵ Palabras textuales de uno de los expositores a favor del aborto en la Cámara de Diputados refiriéndose al *nasciturus*.

pero... ¡díceselo!” Y si el Señor, me envía, ¿cómo yo no voy a ir? Si el Señor me dice: ‘¡Profetiza!’, ¿cómo yo no voy a profetizar?” Así se expresa un verdadero apóstol.

Esta valentía y esta ‘tozudez’ del apóstol-profeta será la que salvará a Argentina.

Hoy, al terminar la Misa, el sacerdote los despedirá diciendo: “La Misa ha terminado, pueden ir en paz”. Estas palabras son traducción de una expresión latina que tiene un contenido más fuerte: *‘Ite, Missa est’*. *‘Ite’*, significa ‘Id’; es la misma palabra que Jesús usó para enviar a sus apóstoles: ‘Id’. Y la palabra *Missa* viene de *mittere* que significa ‘enviar’. *Ite, missa est*, entonces, podría traducirse así: “Id, habéis sido enviados”. Después de cada Misa se renueva el envío que Jesús hizo en nuestro bautismo. Y recordemos que el enviado debe rendir cuentas. Pidámosle a la Santísima Virgen la gracia de ser fieles a ese envío.

Benedicto XVI

Los enviados de Dios a menudo no son bien recibidos

Queridos hermanos y hermanas:

(...)

En el Evangelio de este domingo, Jesús toma la iniciativa de enviar a los doce apóstoles en misión (cf. Mc 6, 7-13). En efecto, el término «apóstoles» significa precisamente «enviados, mandados». Su vocación se realizará plenamente después de la resurrección de Cristo, con el don del Espíritu Santo en Pentecostés. Sin embargo, es muy importante que desde el principio Jesús quiere involucrar a los Doce en su acción: es una especie de «aprendizaje» en vista de la gran responsabilidad que les espera. El hecho de que Jesús llame a algunos discípulos a colaborar directamente en su misión, manifiesta un aspecto de su amor: esto es, Él no desdeña la ayuda que otros hombres pueden dar a su obra; conoce sus límites, sus debilidades, pero no los desprecia; es más, les confiere la dignidad de ser sus enviados. Jesús los manda de dos en dos y les da instrucciones, que el evangelista resume en pocas frases. La primera se refiere al espíritu de desprendimiento: los apóstoles no deben estar apegados al dinero ni a la comodidad. Jesús además advierte a los discípulos de que no recibirán siempre una acogida favorable: a veces serán rechazados; incluso puede que hasta sean perseguidos. Pero esto no les tiene que impresionar: deben hablar en nombre de Jesús y predicar el Reino de Dios, sin preocuparse de tener éxito. El éxito se lo dejan a Dios.

La primera lectura proclamada nos presenta la misma perspectiva, mostrándonos que los enviados de Dios a menudo no son bien recibidos. Este es el caso del profeta Amós, enviado por Dios a profetizar en el santuario de Betel, un santuario del reino de Israel (cf. Am 7, 12-15). Amós predica con gran energía contra las injusticias, denunciando sobre todo los abusos del rey y de los notables, abusos que ofenden al Señor y hacen vanos los actos de culto. Por ello Amasías, sacerdote de Betel, ordena a Amós que se marche. Él responde que no ha sido él quien ha elegido esta misión, sino que el Señor ha hecho de él un profeta y le ha enviado precisamente allí, al reino de Israel. Por lo tanto, ya se le acepte o rechace, seguirá profetizando, predicando lo que Dios dice y no lo que los hombres quieren oír decir. Y esto sigue siendo el mandato de la Iglesia: no predica lo que quieren oír decir los poderosos. Y su criterio es la verdad y la justicia aunque esté contra los aplausos y contra el poder humano.

Igualmente, en el Evangelio Jesús advierte a los Doce que podrá ocurrir que en alguna localidad sean rechazados. En tal caso deberán irse a otro lugar, tras haber realizado ante la gente el gesto de sacudir el polvo de los pies, signo que expresa el desprendimiento en dos sentidos: desprendimiento moral —como decir: el anuncio os ha sido hecho, vosotros sois quienes lo rechazáis— y desprendimiento material —no hemos querido y nada queremos para nosotros (cf. Mc 6, 11). La otra indicación muy importante del pasaje evangélico es que los Doce no pueden conformarse con predicar la conversión: a la predicación se debe acompañar, según las

instrucciones y el ejemplo de Jesús, la curación de los enfermos; curación corporal y espiritual. Habla de las sanaciones concretas de las enfermedades, habla también de expulsar los demonios, o sea, purificar la mente humana, limpiar, limpiar los ojos del alma que están oscurecidos por las ideologías y por ello no pueden ver a Dios, no pueden ver la verdad y la justicia. Esta doble curación corporal y espiritual es siempre el mandato de los discípulos de Cristo. Por lo tanto la misión apostólica debe siempre comprender los dos aspectos de predicación de la Palabra de Dios y de manifestación de su bondad con gestos de caridad, de servicio y de entrega.

(...)

(BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa, Visita Pastoral a Frascati, Domingo 15 de julio de 2012*)

P. Gustavo Pascual, IVE

La conversión

Jesús envía a sus apóstoles a predicar la conversión (Mc) y la proximidad del Reino de Dios (Mt y Lc). La conversión es necesaria para acoger el Reino de Dios.

El reino a que se refiere Jesús es la Iglesia.

La Iglesia es continuación del Antiguo Testamento, del Reino de Israel.

La Iglesia, Reino de Dios en la tierra, fue fundada por Cristo⁶ y terminará en su fase terrena con la segunda venida de Cristo. Entonces el Reino llegará a su perfección.

Cristo funda el Reino con su vida. De su costado abierto brotaron sangre y agua que significan la Iglesia. Los apóstoles, columnas de la Iglesia, serán los que extenderán el Reino a todas las naciones.

¿Qué dice Cristo sobre el reino presente? Que se parece a un campo con mala hierba⁷, que es como un grano de mostaza⁸, como la levadura⁹, como un tesoro y una perla¹⁰, como una red de pescar¹¹. ¿Y del reino futuro? Que es semejante a diez vírgenes¹², como talentos¹³.

Ante la cercanía del Reino se debe predicar, como lo hicieron Juan Bautista¹⁴ y como lo hizo el mismo Jesús¹⁵, la conversión. ¿Por qué la conversión? Para poder recibir el Reino.

La conversión, en el texto griego *metanoia* significa *cambio de mente* o cambio de manera de pensar.

La conversión es de toda la persona, es un volver el camino hacia Dios. Y si bien, la mayoría de las veces, la notamos por un cambio emocional, es predominantemente intelectual, como lo indica *cambio de mente*.

¿Qué significa esto? ¿Quiere decir que no valen las conversiones emotivas? Son conversiones pero no tan radicales como las intelectuales. No hay que dialectizar, es cambio de todo el hombre.

¿Cuál es el motor de la conversión? Ver nuestra vida actual, notar en ella nuestra limitación como criaturas, limitación agudizada por nuestros pecados personales, y buscar un remedio seguro a esa limitación en Dios. Pero nadie va a Dios sino tiene interés, inquietud, deseo de salir de la miseria... y ¿por qué la falta de

⁶ Cf. Mt 16, 16

⁷ Mt 13, 24-30

⁸ Mt 13, 31-32

⁹ Mt 13, 33

¹⁰ Mt 13, 44-46

¹¹ Mt 13, 47-50

¹² Mt 25, 1-13

¹³ Mt 25, 14-30

¹⁴ Mt 3, 2; Mc 1, 4; Lc 3, 3

¹⁵ Mc 1, 14-15; Mt 4, 17

interés? Por no entrar en sí mismo, por no reflexionar. Si recordamos la parábola del hijo pródigo¹⁶, el hijo toma la decisión de volver a la casa del padre cuando reflexiona, “entrando en sí” dice el texto, conoció su situación actual y decidió dar *el salto* a una nueva vida.

La conversión es un regreso a la interioridad y en el interior está el Reino, “el reino está dentro de vosotros” dijo el Señor, es como la levadura, como la semilla, como el grano de mostaza, como el tesoro escondido... Jesús, de muchas maneras, nos habla en el Evangelio de la cercanía del Reino, tanto cercanía cronológica porque Él es el Reino como cercanía interior para que nos volvámos a buscarlo en el fondo del alma. Allí nos encontramos con Dios. “Aquel punto profundo es el yo seco, el yo humilde, el yo que se desesperaría si no tuviese la certeza de un Principio absoluto y del Redentor que nos ha dado la Gracia”¹⁷.

Dice Santa Isabel de la Trinidad de los que encuentran este lugar profundo en el fondo del alma:

El alma simplificada, elevándose a impulsos de su mirada interior, penetra desde dentro de sí y contempla en su propio abismo el lugar secreto donde se realiza el toque de la Santísima Trinidad. El alma ha penetrado de esta manera en su profundidad consiguiendo llegar hasta su fundamento que es la puerta del cielo¹⁸.

Y San Agustín:

Porque tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío¹⁹.

La conversión es un salto, un desapego de la vida actual, para volverse a Dios. No se da la conversión verdadera sino por un salto en la calidad de vida. La preparación al salto puede ser paulatina y larga pero el cambio de mentalidad es abrupto, como un salto al vacío, como un dejar la seguridad de las cosas que se tienen para lanzarse al vacío, en el cual, nos espera Dios. Le dijo Jesús a Nicodemo: tienes que nacer nuevamente²⁰.

En la vida hay dos conversiones propiamente: la del abandono de la vida de pecado a la vida moral y la segunda, en la que se supera la moral común y comienza la vida vivida únicamente del amor. Ambas son un salto, una gracia actual de Dios.

Pero hay múltiples conversiones pequeñas a lo largo de la vida, múltiples cambios de mente. La vida cristiana es un vivir de permanentes conversiones, “cada día estoy a la muerte”²¹, decía San Pablo.

¡Viva Cristo Rey! ¡Que Cristo reine en nuestra patria! ¡Que reine en el mundo!, hermosas aclamaciones. Es importante trabajar incansablemente por el reinado de Cristo en la sociedad, pero, primero debe reinar Jesús en nosotros. El Reino está cerca, prepárate a recibirlo. ¿Cómo?, cambiando de manera de pensar, volviendo a tu interior, buscando la santidad, esperando el Reino que no tarda en llegar como nos previene Jesús en la parábola de las diez vírgenes²².

El Reino está cerca, está dentro de ti. Vuélvete a tu interior.

Estamos urgidos por el interés de encontrar el Reino. Llevamos en nosotros mismos una inquietud. Inquietud que nace al advertir nuestra limitación. Limitación que advertimos al entrar en nuestro interior y que una vez advertida debe hacernos volver a Dios permanentemente, “nos has hecho Señor para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”²³.

Todo apóstol es enviado a predicar la cercanía del reino de los cielos.

Los primeros doce durante la vida de Jesús pudieron palpar, por así decirlo, el reino de Jesús. Eso que experimentaron lo transmitieron: “lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos... os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros”²⁴.

Luego de la resurrección transmitieron la Buena Nueva, es decir, la Pascua del Señor. Jesús había muerto y resucitado abriéndonos definitivamente las puertas del reino.

¹⁶ Lc 15, 11-32

¹⁷ FABRO, *Verdad y Libertad del Cristianismo*, Diálogo n° 29, Del Verbo Encarnado Mendoza Setiembre 2001, 19.

¹⁸ SANTA ISABEL DE LA TRINIDAD, *Escritos Espirituales* ¿Cómo se puede hallar el cielo en la tierra?, día sexto, 24. De Espiritualidad Madrid 1958, 65.

¹⁹ *Confesiones*, L. 3, 6, 11, O.C. (II)..., 142

²⁰ Cf. Jn 3, 3

²¹ 1 Co 15, 31

²² Mt 25, 1-13

²³ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, L.1, 1, 1, O.C. (II)..., 73.

²⁴ 1 Jn 1, 1.3

Los apóstoles habían aprendido la centralidad de la predicación del reino porque escucharon a Jesús predicarlo, porque sus milagros manifestaban la presencia del reino. Ellos como Jesús llamaban a los hombres a tomar la decisión de abrazar las exigencias del reino. Llamaban a los hombres a hacerse discípulos de Jesús como ellos se hicieron.

Jesús predicó el reino progresivamente. Tenía una pedagogía. Hablaba del reino en parábolas a la gente pero claramente a los que se hacen sus discípulos. Los Apóstoles aprendieron progresivamente a conocer el reino. Aprendieron mucho en la vida mortal de Jesús, crecieron en ese conocimiento después de la resurrección porque durante cuarenta días les enseñó sobre el reino²⁵ y finalmente llegaron a la perfección en el conocimiento del reino en Pentecostés.

El kerigma y el bautismo hacían ingresar a los hombres en el reino. Entre las exigencias, aunque es gracia, tener alma de pobre, hacerse como niño, cumplir la voluntad de Dios y la disposición a dejar todo para adquirir el reino.

El reino es algo viviente que va creciendo poco a poco, por lo requiere tiempo. Esto a nivel universal pero también a nivel personal.

Los Apóstoles pertenecieron a esa “pequeña grey” que recibió el reino y ellos fieles a Cristo se dedicaron a hacerlo crecer. El reino crecerá por medio de los Apóstoles hasta llegar a su plenitud al final de los tiempos. Cuando el reino temporal se transforme en el reino celestial.

El reino que predicaba Cristo estaba cerca de los hombres, hoy está entre los hombres y está en cada hombre que vive en gracia.

Nosotros, como los Apóstoles, y como apóstoles somos también enviados a predicar el reino y a llevarlo a cada hombre porque la gran misión de la Iglesia y de cada uno de sus miembros es llevar el reino al corazón de los hombres, a la vida de gracia.

Hoy, más que nunca, tenemos que pedir fervientemente “venga a nosotros tú Reino” para que los hombres lo deseen. La gente no se preocupa por pertenecer al reino y menos por tener el reino en su corazón.

Tenemos que pedir que venga el reino, pero tenemos que trabajar para que venga. No vendrá el reino hasta que no se predique a todas las naciones y esa es la tarea de la Iglesia y nuestra tarea.

Los Apóstoles transmitieron el reino con su palabra y con su ejemplo. Debemos manifestar con nuestra alegría la pertenencia al reino. Si vivimos en gracia ya vivimos en nosotros el reino definitivo. Agradecer y gozar la vida del reino en nosotros. Este testimonio acrecentará la fe y la esperanza de los hombres en el reino.

INFO - Homilética.ive

Función de cada sección del Boletín

Homilética se compone de 7 Secciones principales:

Textos Litúrgicos: aquí encontrará Las Lecturas del Domingo y los salmos, así como el Guion para la celebración de la Santa Misa.

Directorio Homilético: es un resumen que busca dar los elementos que ayudarían a realizar un enfoque adecuado del evangelio y las lecturas del domingo para poder brindar una predicación más uniforme, conforme al **DIRECTORIO HOMILÉTICO** promulgado por la **Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos de la Santa Sede en el 2014**.

Exégesis: presenta un análisis exegético del evangelio del domingo, tomado de especialistas, licenciados, doctores en exégesis, así como en ocasiones de Papas o sacerdotes que se destacan por su análisis exegético del texto.

Santos Padres: esta sección busca proporcionar la interpretación de los Santos Padres de la Iglesia, así como los sermones u escritos referentes al texto del domingo propio del boletín de aquellos santos doctores de la Iglesia.

²⁵ Hch 1, 3

Aplicación: consta de sermones del domingo ya preparados para la predica, los cuales pueden facilitar la ilación o alguna idea para que los sacerdotes puedan aplicar en la predicación.

Ejemplos Predicables: es un recurso que permite al predicador introducir alguna reflexión u ejemplo que le permite desarrollar algún aspecto del tema propio de las lecturas del domingo analizado.

¿Qué es el IVE, el porqué de este servicio de Homilética?

El **Instituto del Verbo Encarnado** fue fundado el **25 de Marzo de 1984**, en San Rafael, Mendoza, Argentina. El 8 de Mayo de 2004 fue aprobado como instituto de vida religiosa de derecho Diocesano en Segni, Italia. Siendo su Fundador el Sacerdote Católico Carlos Miguel Buela. Nuestra familia religiosa tiene como carisma **la prolongación de la Encarnación del Verbo en todas las manifestaciones del hombre**, y como fin específico la **evangelización de la cultura**; para mejor hacerlo proporciona a los misioneros de la familia y a toda la Iglesia este servicio como una herramienta eficaz enraizada y nutrida en las sagradas escrituras y en la perenne tradición y magisterio de la única Iglesia fundada por Jesucristo, la Iglesia Católica Apostólica Romana.

Este Boletín fue enviado por: homiletica.ive@gmail.com
Provincia Ntra. Sra. de Lujan - El Chañaral 2699, San Rafael, Mendoza, 5600, Argentina
Instituto del Verbo Encarnado